

# **césar** **calvo / poema**

## **Variaciones Rumanas sobre Calino (Hojas de un cuento) de Mihail Eminescu**

Tiene el alma de cuarzo  
tu ventana, lloroso  
candor que el viento toca  
con mano estremecida.  
Pero tú, tiritando  
junto al fuego, dormida,  
no lo escuchas: escuchas  
otros pasos, pensando  
que son los delicados  
pasos de la llovizna.

Alguien, mientras te olvidas,  
un espejo levanta  
ante tu rostro, y sueñas  
que lo ves, y te espantas.  
Despiertas ignorando  
que ya no eres la misma.  
Y juras que es tu sueño  
- y no tú - quien soñaba.

Ya el espejo es tu cara:  
en él Amor se mira  
con tu propia mirada.

I

*La luna, roja hoguera que asciende esa colina,  
encandila los bosques y el castillo desierto  
y el agua de los ríos, quieto diamante que huye.  
Lejanamente plañe, volando, una campana  
desde los precipicios hasta la torre viriente  
que un osado doblega trepando piedras pardas:  
calzándose una roca y enguantándose en otra  
asciende al fin y rompe las barandas mohosas;  
ingresa de puntillas a la prohibida alcoba  
justo por donde el muro abre un arco de luto.  
Entre las altas flores, a través de las rejas,  
la luna palidece, tiende un tímido rayo.  
Donde la luna ingresa, los muros pierden sangre.  
Una tela de araña brilla del suelo al cielo  
y tiembla y centellea cual si fuera a quebrarse  
su tejido de nieblas y de harina de joyas.  
Y tras la telaraña, la hija del Rey, bañada  
de inexplicable lumbre, duerme sobre la cama.  
Otra luna, su rostro, bien puede adivinarse  
entre el azul perdido de las sedas más finas.  
Aquí y allá su túnica se descuida y asoma  
la desnudez de un cuerpo, su madrugada niña  
sus cabellos sin freno dispersos en la almohada.  
Sus sienes que reposan laten sombras violáceas  
y dos arcos impiden que sus ojos se vayan  
(pestañas como flechas de inconsciente hermosura)  
y bajo de las cejas y párpados que sueñan  
su brazo se ha rendido sobre el borde del lecho.  
La memoria de un vaso de vino verde como  
el sol madura en fresas los pechos que se ignoran  
y un hálito de fósforos entreabre su boca.  
Ha movido los labios. Sonríe. Ha sonreído:  
sobre su cabecera se deshojan las rosas.*

*Es entonces que el joven se acerca, alza la mano,  
rasga el velo y el polvo de las piedras preciosas,  
trastornado, turbado, sin comprender, vencido  
pone anhelante boca sobre boca anhelada  
y la niña suspira sin saber que suspira  
sintiendo que a su mano le han robado el anillo.  
Con él regresa al mundo el caballero fantasma.*

## II

*A la niña le llega, con el alba, el asombro.  
Mira los hilos rotos y más mira sus labios.  
Le sonrío su espejo, tristemente. Y murmura:  
"Duende de trenzas negras, ven, ráptame esta noche".*

## III

*Cuanto más suponemos que una niña nos ama  
más está ella prendada de sí misma y su rostro,  
el mismo que Narciso veía tras el agua,  
llegando a ser - él solo - el amado y la amada.  
Si alguien pudiera verle sus grandes ojos ciegos  
y salvajes mirándose, ensimismado espejo,  
Si alguien pudiera verle los labios apretados  
sobre sus propios labios, besándose y nombrándose  
con más amor que a nada ni nadie sobre el mundo  
sabría que la niña regresa de ser hembra.  
¡Idolo, alma encantada, cábellerera de sombra  
más aterciopelada que la luz de los ojos  
del corazón más virgen, talismán del asombro!  
¿Qué secreto desvela la niña, cuando vela*

*toda la larga noche, su cuerpo tembloroso?  
"Soñé un hermoso sueño. Ví que un duende venía  
y lo estreché en mis brazos hasta hacerlo agonía...  
Por eso cuando mira mi mirar el espejo  
hacia mí misma extendiendo mis lentos brazos rotos.  
Mis cabellos me ofuscan, negras túnicas de oro  
y me beso los hombros como si fueran otros  
y mi cara se entinta con un pudor de otoño  
y aquel duende no vuelve ni yo caigo en su pecho  
como la última llave que cae dentro del pozo.  
En vano me acicalan y desbordan mis ojos.  
Aquel duende no vuelve ni se reclama esposo  
del amor que me tengo por tenerlo a él solo.  
¡Cuidate, boca, calla, no lo digas a nadie,  
ni a él cuando esta noche (con apetencias de hembra  
y astucias de mancebo) bienhiera mi reposo!"*

#### IV

*Volvió el duende esa noche, y otra noche, en silencio.  
Y otra noche, soñando que él comparte su sueño,  
la niña se imagina junto al duende despierto.  
Y despierta de pronto. No es un sueño su sueño.  
Y él quiere huir pero ella lo amarra con un ruego:  
"Joven de trenzas negras, herida sombra mía,  
deja en mi piel, callada, tu dulce voz de fuego.  
!No hallarás en el mundo, solo y errante yendo,  
un amor más amante que mi amor, ni alegría!  
¡Duende, percedera sombra de ojos profundos,  
nunca verás la muerte si en mis ojos te miras!"  
El regresó hasta ella y encantó su cintura  
y apagó sus palabras con hogueras de luna:  
"Tú, la mujer más niña, jamás antes he oído  
frases como las tuyas, de impureza más pura,  
tan sin sentido y todas tan llenas de sentido.  
Aúreo sueño, la vida, menos que un rayo dura.  
Y sólo si en mi brazo tu brazo es encendido*

*y sólo si en mi pecho tu cabeza se abrumba  
y en tu aliento el aliento de la vida respiro  
y la melancolía nuestras almas endulza  
y mi pelo en tu cuello nos desata de olvido  
y es mi miel tu deseo y es tu sol mi penumbra:  
sólo entonces encuentro lo que aún no he perdido  
y -más vasto que un sueño - toda la noche ocupa  
con su único relámpago, el amor, infinito.  
¿Lo ves? ... No existe nombre  
para ti ... Se me acaba  
la voz, cual otro rayo  
de oro breve, en tu oído".  
Pudieran, musitando, decirse muchas cosas.  
Pero las voces mueren cuando nacen los besos.  
Y sólo las miradas, alegrías llorosas,  
conversan. Y son ojos los labios, prisioneros.*

*Ella cubre su cara con mano que solloza.  
Y el agua de sus dedos es un velo de novia.*

## V

*Ayer manzana roja, hoy tu rostro es tan blanco,  
tan fino, que un cabello lograría cortarlo.  
Tu pelo, orilla de oro que desbordan los ojos,  
cuida, sin esperanzas, un lago de quebrantos.  
A él te asoman los días como a una ventana  
que vanamente al cielo levanta la mirada.  
Sólo una alondra pasa delante de tu alma  
y un mensaje a tu amado, en sus alas encargas.  
Ella se va ... Y tú quedas, memoria sin nostalgias,  
canción que nadie olvida ni recuerda ni calla.  
Impídele que lllore, hijo del bello cielo:  
la lluvia de sus ojos, que cae, sube a los tuyos  
y habrá de rebalsarlos hasta dejarte ciego.  
Raros peces de plata deslizó el firmamento,*

llantos, estrellas, copas que contienen al cielo.  
Y si se vuelcan todos, sus tristes ojos, huérfanos  
serán de sus insomnios pero más de tus sueños.  
La constelada sombra, la luna, el claro río,  
no son como la noche donde habitan los muertos.  
De cuando en cuando el llanto te hace joya de estío,  
mas si ciegas la fuente ¿cómo podrías verlo?  
La luz de tus mejillas, roja, rueda en el llanto  
como nieve de rosas que se encuentran de duelo.  
Después la noche llena de eternidades breves  
derramó sus estrellas, desierto rostro azul.  
¿Habrá un ciego tan ciego que cambie una esmeralda  
por carbón y sepulte su insepultable luz?  
Así quemas tus ojos. Su eterna noche extingues.  
El mundo es quien solloza cuando sollozas tú.

## VI

Rey de barba nudosa que ahora nadie peina,  
en vano tus jinetes buscan a la princesa.  
Para que en una choza ella dé a luz, llorando  
la alegría del hijo, la obligaste a la ausencia.  
¿Te sientes bien a solas, viejo y enloquecido,  
repasando las losas de blancas azoteas  
y mordiendo en la pipa tus suspiros por ella?  
¡Oh, tú, gran Rey de nada, vacío está tu reino  
y vacíos tus cofres: desterrando a tu hija  
desterraste a tu única riqueza verdadera!

## VII

Con su solo silbido que hace caer las hojas  
igual que un distraído leñador, el otoño  
mordisquea los bosques como frutos de sombra  
y arroja su reflejo contra el cristal inmóvil  
del gran lago que sueña, bajo la tarde, olas.  
De noche el bosque entreabre su más alto follaje  
sólo para que ingrese la luna a su memoria  
pero no hay luz que aplaque la insondable amargura  
de ver las ramas rotas y las fuentes a solas.  
¿Quién, de pronto, interrumpe la tristeza del bosque?  
Un bravo de ojos de águila por el sendero asoma.  
Desde que te marchaste, siete años han pasado,  
duende de trenzas negras. ¿Y ya los has olvidado?  
Sobre los campos yermos cruza un niño descalzo  
rodeado de perdices silvestres, jugueteando.  
- "Buenos días, pequeño"- se conmueve el extraño  
cual si su propia infancia lo estuviera mirando.  
- "Cómo te llamas?- dice, como quien se desangra.  
- "Llevo el nombre de un duende, pues de un duende soy hijo;  
nada sino su nombre me regaló: Calino".  
Entonces, conmovido, lleno de sol, ansioso,  
el extranjero encuentra la choza entre los pinos,  
se apresura y empuja la puerta miserable  
y al interior contempla cómo un candil humilde  
da más sombra que lumbre desde un banco vacío.  
Ve cómo un pobre fuego cuece dos pobres panes  
y ve una silla renga y un santo malherido  
por el humo penoso del candil cual bermeja  
amapola ya lívida, ya marchita, ya fría.  
Y ve la piedra de moler, ve ruinas.  
Ve un gato ronroneando, polvoriento y perdido.  
Y en el altar del santo ve ramas de romero  
y de menta que exhalan un aroma sombrío.  
Y sobre el triste adobe del horno, entre las grietas  
ve dibujos, ve cerdos de colas excesivas  
que con carbón travieso garabateó su niño.  
Un papel sustituye al vidrio en la ventana  
desde donde resbalan fulgores mortecinos.

*Y ve un lecho de tablas y una mujer dormida  
que lo ve contemplarla increíble y callada.  
Y ve sus propias manos que hacia ella lo halan.  
Y ve sus propios labios, y reconoce su alma  
en aquella penumbra, y suspira y la abraza.  
Ella cierra los ojos: no les cree. Y un sueño  
conocido y querido, hilvana sus pestañas.  
Sueña que está soñando, allá lejos, bañada  
de inexplicable lumbre, sobre su antigua cama.  
Sueña que se descuida la sábana y que asoma  
su desnudez primera, su madrugada niña,  
su lenta cabellera dispersa entre la almohada.  
Y un hálito de fósforos entreabre su boca.  
Ha movido los labios. Sonríe. Ha sonreído:  
sobre su cabecera se deshojan las rosas.  
Sueña que está soñando, como entonces, en brazos  
del duende que ha rasgado su túnica preciosa.  
Y sueña que suspira sin saber que suspira.  
Y en la boca del duende se despierta su boca.  
Y el palacio no es nada comparado a esta choza  
donde por vez primera, otra vez, ellos aman.  
Y un solo instante borra tantos años de sombra.*

## VIII

*El aire embalsamado, su flor azul que tiembla  
y atraviesa las selvas, distante, nos acerca  
boscajes que fulguran tocados por tu voz.  
En redor de las fuentes, como nieve, la hierba  
se deshace al oír la tan radiante y sospecha  
que bajo de la tierra canta el alma del sol.  
Y en la tiniebla se alza, lento sauce de plata,  
el agua de las fuentes, y cae desde sus ramas  
- en una inacabable joyería- tu voz.  
Es la voz de la esposa que no fue nunca novia,  
es la voz de la novia que no fue nunca niña,*

es la niña cantada que nunca fue canción.  
Miles de atropelladas y sedientas abejas  
van en brillante oleaje sobre las flores que ella  
- al cantarlas - imanta con una miel mejor.  
El verano, su aliento de eterno mediodía,  
protege susurrantes familias infinitas  
de insectos que se apuran: la fiesta ya empezó.  
Casi al borde del lago, cercada por antorchas,  
una mesa se alarga, más que larga, orgullosa:  
han venido los Nobles de todos los confines  
a celebrar la boda de la casada novia.  
Reinas de oro, dragones de insolentes escamas,  
los príncipes que saben leer en las estrellas  
y los que se acicalan durante las batallas  
y los que aman los rezos y los que aman las farsas,  
todos, una presencia, desconfiados, aguardan.  
¡Aquí está! ¡Coronado, cetro en mano, sentado  
en un cojín de plumas, muy peinada la barba,  
entre pajes que ahuyentan a las moscas y al sol,  
hasta ayer pordiosero, llega el Emperador!  
Y tras él, sin retoques, aparece Calino.  
Y un fulgor a su lado, blanca hoguera de lino:  
la niña madre inicia, por el fin, su destino.  
Con ágiles modales de arroyuelo sonriente,  
avanza. Humo de flores azula sus cabellos  
y un lucero lejano le rasguña la frente.  
El sol, que es el padrino, al presidir la mesa,  
con la luna madrina, cara a cara se encuentra.  
Ya su miel silenciosa los violines despliegan  
pero son acallados por un bordón de abejas.  
Todos los invitados se alborotan. ¡Quién llega?  
Sobre una telaraña que hace de puente, cruzan  
acarreado en su boca costalillos de harina  
para el pan de la boda, las hormigas viajeras.  
Debajo de la mesa, un niño inventa joyas  
con aquel polvo de oro que llueven las luciérnagas.  
Ya está todo el cortejo: el paje escarabajo  
va en medio de las pulgas que brincan y festejan.  
Un moscardón, cubierto de terciopelo, suda  
como los sacerdotes que cantan en las nupcias.

*Un saltamontes hala la cáscara de nuez  
donde un tábano afila sus bigotes de novio  
mientras todos se burlan de todo y él también.  
Atrás, cual ministritos, van y vienen mosquitos.  
La novia - una violeta- aguarda tras la puerta.  
Y en larga reverencia, salta el Emperador  
(un grillo viejo, gordo, de espuelas rumorosas),  
tose con prepotencia y ajusta el esplendor  
de su terco uniforme ya pasado de moda.  
Y empinado en dos patas alza fúnebre voz:  
"¡Permitid, Grandes Nobles, que comience la Boda!"*



